

Crítica de libros

CASTRO, Américo / JIMÉNEZ LOZANO, José: *Correspondencia 1967-1972*.
Introducción, edición crítica y notas de Guadalupe Arbona y Santiago López-Ríos. Trotta, Madrid, 2020. 239 pp.

Los casi cinco años de correspondencia entre el profesor Américo Castro y el escritor José Jiménez Lozano contienen argumentos y pensamientos de una riqueza formidable para la comprensión de la historia de España. Jiménez Lozano, que falleció el 9 de marzo del año pasado, no llegó a ver publicada esta edición crítica de su correspondencia con quien en estas cuestiones fue su maestro, aunque la venía preparando desde tiempo atrás con los autores encargados de esta magnífica edición crítica, que no se limita a las cartas intercambiadas entre los dos autores. Guadalupe Arbona y Santiago López-Ríos hacen un trabajo excelente de introducción a esta relación epistolar, así como de edición y anotaciones en torno a ella.

El lector de este libro –texto no muy amplio, pero sí de gran intensidad– se va a encontrar con una visión sorprendente de la historia de España. Américo Castro proporcionó mucha claridad a Jiménez Lozano, especialmente en su lectura de la cuestión religiosa en España: por qué somos así los españoles y por qué la religiosidad que se vive en nuestro país tiene ese aire combativo o adolece de tal falta de interioridad; por qué, en definitiva, como planteaba el profesor Aranguren, ha sido tan difícil, por no decir imposible, un «catolicismo existencial» en nuestra patria. Jiménez Lozano y Américo Castro sitúan las claves de esta reflexión en nuestra particular Edad Media y en nuestro tan singular siglo XVI, plagado de sospechas, denuncias y susceptibilidades.

Efectivamente, la relación entre los dos grandes hombres de letras –epistolar, pero hecha igualmente de encuentros puntuales, de los que también da cuenta el libro que presentamos– comenzó tras la edición de la *Meditación española sobre la libertad religiosa*, un libro fundamental de Jiménez Lozano (su primer libro de ensayo) que vio la luz en 1966, en plena reflexión del autor sobre el Concilio Vaticano II; el Concilio había finalizado en 1965 y Jiménez Lozano había sido testigo de él en Roma como corresponsal del diario *El Norte de Castilla*. La *Meditación* de Jiménez Lozano es un texto esencial sobre la cuestión religiosa en España; quienes la conocemos imploramos que vuelva a ser editada, y parece que así será. Se trata de un texto escrito bajo la luz de los planteamientos históricos de Américo Castro, quien en 1965 había publicado

una nueva versión de *La realidad histórica de España*, libro que presentó por vez primera en 1948 como *España en su historia*, y cuyo título cambiaría en 1954; Castro plasmó en este libro su visión de España a la luz de su vivencia del drama de la guerra civil del 36, que le forzó a pensar detenidamente acerca de las raíces de los males de España. Según José Jiménez Lozano, de Américo Castro se llegó a hacer «una especie de hebraizante de nuestra españolidad» (p. 13) por su singular –pero certera a ojos de nuestro autor– lectura de nuestra singular Edad Media. Castro se fija en las «tres castas» que convivieron en España y en el triunfo de la casta de los «cristianos viejos»; esta realidad marcó fuertemente la manera de ser de los habitantes de nuestra «piel de toro» y es capital para entender las particularidades del catolicismo español, el de entonces y el presente. Un catolicismo «político y belicoso», de carácter popular, «sin teólogos y sin una élite laical» y afectado de anticlericalismo, por más que los laicos en España se hayan venido sometiendo acriticamente al clero. Escribe, así, Jiménez Lozano que «al laico cristiano viejo no le preocupa en absoluto la dimensión intelectual de su fe y ha abandonado gozosamente su libertad cristiana y su cabeza en mano de los clérigos para que estos lo encaminen al cielo, aunque sea tras una vida nada cristiana y en el último momento» (p. 188). Por eso, quienes más llegaron a cavilar sobre el cristianismo fueron los conversos que lo adoptaron sinceramente, y de ahí su importancia en el siglo XVI; de ahí también su drama.

Todos estos contenidos no están explícitos en las cartas, aunque en ellas el lector encontrará una escritura clara, elegante y profundamente amistosa, que le llevará a un mundo hoy casi inexistente de comunicación auténtica, además de a datos muy relevantes y a claves que sin duda le proporcionarán luces sobre las raíces de España e igualmente sobre las décadas de los cincuenta y sesenta del pasado siglo.

Pero tan valiosos como las cartas entre el escritor que comienza y el ya reconocido profesor son los textos que componen el apéndice del libro, y que tanto hemos de agradecer a sus editores; el lector hallará en ellos varios textos de Jiménez Lozano que no tienen un ápice de desperdicio. Destaco el artículo «El aporte del profesor Américo Castro a la interpretación del sentimiento religioso español», publicado por Taurus en 1971 bajo la coordinación de Pedro Laín y Andrés Amorós en el libro *Estudios sobre la obra de Américo Castro*. En este artículo, Jiménez Lozano escribe sobre el catolicismo español, de carácter «militante y agresivo», conservador de una fe que «más que por una decisión personal de adhesión a la persona y a las enseñanzas de Cristo, se traduce, entre nosotros, por la pertenencia a una casta: la casta de los hispanogodos en lucha contra las castas islámica y judía» (p. 173). Y en la conclusión, pone de relieve el papel desempeñado por la obra de Américo Castro en

la interpretación de nuestra historia religiosa: «esta atalaya, esta central categoría historiográfica desde la que tan distintamente pueden contemplarse, enjuiciarse y revivirse tanto nuestra historia religiosa como nuestro presente religioso y en la que ambos encuentran una unidad de entendimiento –que ya es una prueba de andar por buen camino– es lo que nos ofrece la obra de Castro» (p. 197).

Además de los artículos sobre Américo Castro, los editores ofrecen en el libro alguno de los artículos que aparecieron en su día en la sección «Cartas de un cristiano impaciente», de la revista *Destino*, como es el caso de «Dos catolicismos diferentes», referido a los catolicismos español y francés; o «Miguel de Cervantes, nuestro contemporáneo». Y presentan también un texto inédito, fruto de la conferencia inaugural que Jiménez Lozano pronunció en la conocida como «ciudad del libro», Uruña (Valladolid), el 30 de marzo de 2016, en un ciclo de conferencias sobre Cervantes.

En el libro hallamos asimismo páginas reveladoras y testimoniales sobre el talante profundamente humano y auténticamente cristiano de José Jiménez Lozano. Por otra parte, la Introducción de Guadalupe Arbona y Santiago López-Ríos, presenta con tanta maestría como sincero afecto el contexto en el que esta correspondencia entre dos hombres tan distintos –un cristiano y un agnóstico– se desarrolló, dejando bien sentado que, como escribía Jiménez Lozano a Américo Castro en una de estas cartas, «las diferencias de creencias y esperanzas de que usted hablaba son simplemente una riqueza más». Es así. Con este libro editado en Trotta el lector disfrutará una obra excelente, colmada de reflexiones profundas y de verdaderas inquietudes con las que se tejieron planteamientos muy serios sobre la historia de España.

Carmen Herrando

PÉREZ MARCOS, MOISÉS: *La cosmovisión naturalista. Consecuencias epistemológicas, ontológicas y antropológicas*. Prólogo de Alfredo Marcos. San Esteban, Salamanca, 2021. 653 pp.

La mente de muchos contemporáneos está impregnada hoy por un naturalismo cientificista más o menos explícito. A ello ha contribuido sin duda el éxito de las ciencias naturales en nuestro mundo. El extraordinario prestigio de las ciencias empíricas o positivas y de las tecnologías en el siglo XXI sirve a muchos científicos y filósofos para apoyar una cosmovisión naturalista, donde no hay lugar para Dios ni tampoco para el hombre. Quizás nunca ha sido tan necesario, por esto, un análisis de las concepciones naturalistas junto con una crítica de sus razo-

namientos y una propuesta alternativa. Moisés Pérez Marcos se atreve a abordar esos tres frentes. Por mi parte, me limitaré a proporcionar a nuestros lectores una breve información sobre el contenido de un libro de más de seiscientas páginas y a hacer algunas leves consideraciones críticas.

Piensa con razón el autor que, si la mayoría de nuestros contemporáneos son naturalistas, conviene que sepamos qué significa ese hecho de la manera más precisa que sea posible, a fin de que no nos llevemos a engaño: «¿Qué es el naturalismo? ¿Qué afirma de sí mismo, sobre el mundo, sobre la ciencia y sobre el ser humano? ¿En qué se basa para hacer sus afirmaciones? ¿Cuáles son las consecuencias de esta cosmovisión? ¿Son aceptables esas consecuencias, se sostienen racionalmente o se siguen como enseñanzas de las ciencias naturales?» (p. 26). Son preguntas que trata de responder a lo largo de este libro. Nos ofrece una buena muestra del pensamiento naturalista y de sus críticos. Atiende a una parte importante de la inmensa bibliografía sobre el naturalismo: a la de sus partidarios y a la de sus críticos. Él se sitúa en la parte de sus críticos y se atreve a proponer una alternativa. A lo largo del libro, alude a los defectos fundamentales de las posturas naturalistas.

Parece concebir el capítulo introductorio y las dos primeras partes a modo de extenso estado de la cuestión sobre los naturalismos. En primer lugar, se detiene a presentar los distintos tipos de naturalismo presentes en nuestra cultura. Luego considera a algunos de esos naturalismos en sus vertientes o dimensiones epistemológica y ontológica. No hace una exposición del naturalismo en general. Prefiere partir de autores concretos: Feldman, Kitcher, Kornblith, Quine, Goldman, Ladyman, Don Ross, Stoljar, Papineau, Castrodeza, etc. Dedicar un largo capítulo a Willard Van Orman Quine (1908-2000), al que trata como padre del naturalismo científico contemporáneo. Entre los autores naturalistas que investiga figura el español Carlos Castrodeza (1945-2012), que fue catedrático en la Universidad Complutense de Madrid. El recorrido por los diferentes autores le va proporcionando la posibilidad de dibujar paulatinamente los diferentes elementos o vertientes de la cosmovisión naturalista. Presenta los argumentos del naturalismo con toda su fuerza y autenticidad, a fin de que su crítica apunte al verdadero blanco, no a un adversario ficticio. No existe más que la materia. Todos los naturalistas estarían de acuerdo en la supremacía epistemológica y ontológica de las ciencias naturales y en la inexistencia de Dios.

Pero recalca que los naturalistas insisten en la cuestión del ser humano más incluso que en la cuestión de Dios. Cita una afirmación del premio Nobel Francis Crick (1916-2004): «Tú, tus alegrías y preocupaciones, tus recuerdos y tus ambiciones, tu sentido de la identidad personal y tu libre albedrío, no son de hecho *nada más* que el comportamiento

de un vasto ensamblaje de células nerviosas y de sus moléculas asociadas» (citado en la p. 24). El yo, el libre albedrío, la preocupación, que sirven para caracterizar la realidad humana, se convierten en un proceso bioquímico, en algo impersonal, objetivo y material. Por otra parte, a los procesos bioquímicos se les dota de cualidades específicamente humanas. Se afirma con frecuencia que el hombre no es libre, sino que es el cerebro el que toma las decisiones por él. Lo propiamente humano se predica de un conjunto de neuronas y moléculas.

En la tercera parte, de la mano de Midgley, Nagel y Tallis, reflexiona a fondo sobre los límites y defectos de los naturalismos. Cuestiona la obviedad del marco conceptual naturalista y de sus axiomas. Una de las razones más poderosas para rechazar el naturalismo sería su tergiversación del ser humano. Su crítica al naturalismo se basa en una defensa de lo humano: «Es desde el fenómeno humano desde donde debe ser interpretada la ciencia, y no desde la ciencia desde donde debe ser interpretado el fenómeno humano. La prioridad la tiene el humano, que es el que produce la ciencia como un artefacto cultural suyo» (p. 604). Esta perspectiva ofrece elementos críticos para combatir los errores del naturalismo, sin caer en un ataque gratuito a la ciencia, pues el problema no es la ciencia, sino la pretensión cientificista de absolutizar sus posibilidades de conocimiento de la realidad.

En la cuarta parte, que consta de un solo capítulo, intenta ofrecer algunas ideas sobre las direcciones en que es posible elaborar alternativas al naturalismo. Reflexiona sobre una diversidad de planteamientos, que constituye una buena muestra de los muchos caminos que se abren una vez que se abandona el imperialismo naturalista. Defiende un sano pluralismo. La racionalidad positivista o científica, correspondiente a la Física, la Química y la Biología, no es la única racionalidad.

Su alternativa al naturalismo tiene en cuenta al sujeto o fundamento antropológico de la ciencia. Se inspira para ello en las filosofías de Husserl (el de *La crisis de las ciencias europeas*), Heidegger y Gadamer. Es interesante lo que escribe Gadamer sobre este punto en su Epílogo a *Verdad y método* y también en las páginas que Heidegger dedica a la reflexión sobre la ciencia moderna en su obra *Das Ereignis* (2009), traducida al español con el título *El evento* en el año 2017.

Juzga no menos conveniente atender a las indicaciones de Aristóteles en su metafísica y en su ética para comprender mejor lo que es la naturaleza humana y la misma ciencia. Y me parece bien esta apelación a Aristóteles al construir su alternativa. Sin duda, la filosofía aristotélica puede aprovecharse para tal objetivo. Como sabemos, la filosofía de Tomás de Aquino, a partir de la gnoseología y ontología de Aristóteles, se abrió a una antropología filosófica compatible con la fe cristiana y al teísmo. Pero no conviene ignorar que otros filósofos, aun a la altura

del siglo XXI, se han inspirado en Aristóteles para defender un naturalismo metafísico, no cientificista, que niega la necesidad de salir fuera de la naturaleza a la hora de explicar el dinamismo de ésta, lo más propiamente humano (la conciencia y la libertad) e, incluso, la misma naturaleza.

Convencido de que una buena manera de asegurar su alternativa sería reflexionar sobre los límites y posibilidades de la ciencia, sigue de cerca las publicaciones de Javier de Lorenzo, Alfredo Marcos, Juan Arana y Francisco José Soler Gil. Me extraña que no aproveche para nada la teoría de Ortega y Gasset sobre la *realidad radical* y, especialmente, la tercera parte de la trilogía de Xavier Zubiri sobre la inteligencia, *Inteligencia y razón*, donde podemos hallar una superación, en profundidad, del naturalismo cientificista. Todos ellos apoyarían sus palabras sobre la necesidad de que una reflexión sobre la naturaleza humana vaya más allá de las ciencias naturales: «Si ni siquiera la realidad física puede explicarse satisfactoriamente con una reflexión que no llegue hasta la metafísica “en el sentido de un saber que va más allá de la ciencia”, ¡cuánto más el ser humano, que claramente no posee una naturaleza *solamente* física!» (p. 598). En su propuesta alternativa hay lugar para el hombre y para Dios.

El prólogo de Alfredo Marcos, con quien se ve que Moisés Pérez Marcos ha colaborado estrechamente desde hace varios años y con el que publicó en 2018 el libro *Meditación de la naturaleza humana*, del que informamos en el número 102 de *Diálogo Filosófico*, sintetiza bien los objetivos y méritos de este trabajo de investigación acerca de la *Cosmovisión naturalista*.

Dentro de lo mucho que hoy se escribe sobre el naturalismo, a favor y en contra, este libro puede prestar un buen servicio. No confundamos el naturalismo científico o, mejor, cientificista con las ciencias naturales. Uno puede ser partidario de todos los avances modernos y contemporáneos de las ciencias naturales sin ser naturalista. El naturalismo no es ciencia, sino filosofía que opta por la inmanencia material en contra de la trascendencia, por el ateísmo en contra del teísmo.

Moisés Pérez Marcos concluye lógicamente que el naturalismo cientificista, sobre el que centra su atención, es «una mala comprensión del mundo, de la ciencia y del ser humano» (p. 609). La lectura de este libro puede abrir los ojos a algún fanático, por ejemplo, de las posibilidades de las neurociencias a la hora de explicar la realidad humana, y a quienes piensan que sólo las ciencias pueden proporcionar verdaderos conocimientos y conocimientos verdaderos.

Ildefonso Murillo

SÁNCHEZ-GEY VENEGAS, Juana: *Fernando Rielo. Una biografía intelectual*. Ediciones Idea, Tenerife, 2020, 231 pp.

El pensamiento de Fernando Rielo, de gran complejidad y siempre profundo, ha quedado en esta obra expuesto, de manera magistral, por la profesora Juana Sánchez-Gey Venegas. Basta aterrizar en el primer bloque de este libro para darse cuenta de un hecho de gran relevancia. Y, para ello, es necesario detenerse en lo que la Real Academia Española de la Lengua entiende por «humanista», a saber, *persona instruida en letras humanas*. Esto que la RAE define con gran precisión, se ha convertido en expresión común formando parte de nuestro vocabulario habitual, el cual reconoce como «humanista» a aquella persona que ha reflexionado y escrito sobre todas las disciplinas, especializándose, sobre todo, en las disciplinas del área de las Humanidades. Ciertamente, el humanista es concebido como una persona de gran sabiduría e inteligencia, que, en su afán por buscar la verdad, se pregunta acerca de todo e intenta responder a todo aquello que se ha preguntado razonadamente. El humanista reflexiona y, lo más interesante, confronta todo aquello que ha reflexionado. En definitiva, «humanista» hace referencia a la persona que bucea en los profundos océanos del saber. En la historia del pensamiento español nos encontramos con pensadores y pensadoras, como Juan Luis Vives (siglos XV-XVI), Beatriz Galindo (siglos XV-XVI), Luisa Sigea (siglo XVI), Jaime Balmes (siglo XIX) o Marcelino Menéndez Pelayo (siglos XIX-XX), por citar a un pequeño grupo de autores y autoras. Estos llamados, sin duda, humanistas, efectivamente ahondaron en el fascinante mundo del conocimiento, en una búsqueda incansable de la verdad, y confrontaron todo aquello que habían reflexionado a través de un serio y riguroso análisis de las ideas, de una crítica literaria y de un profundo estudio de los acontecimientos históricos. Y he aquí que Fernando Rielo es un humanista del siglo XX. Esto es un hecho principal que la obra de Juana Sánchez-Gey pretende mostrarnos con toda sencillez.

Es cierto que la filosofía es, junto con la teología, el tema central en el pensamiento de Fernando Rielo (p. 15), pero eso no excluye otros ámbitos en los que nuestro humanista del siglo XX se ha adentrado. Tal es así que Sánchez-Gey nos presenta la aportación de Rielo, además de en el campo de la filosofía y la teología, en el campo de la pedagogía y la educación, en torno al cual se están elaborando actualmente trabajos de investigación, en el campo de la sicoética, ciencia cuya originalidad desarrolla el mismo Rielo, en el campo de la poesía, con la cual lega una magnífica y singular aportación a la literatura, y, finalmente, en el campo de la música. Pero, incluso, el pensamiento de Fernando Rielo abarca también el ámbito de la apologética y el ensayo. A esto se suma que la antropología estará presente en su reflexión filosófica; una antropolo-

gía sin cuya concepción mística sería imposible entenderla dentro del pensamiento rieliano. Esta definición mística del hombre proviene de la presencia del Modelo Absoluto en el espíritu, o sea, de la presencia del Absoluto en el ser humano como presencia que personaliza al espíritu, lo genetiza y lo estructura mediante la ley de la perfectibilidad y los atributos (pp. 50-51). Su concepción mística del ser humano es clave en su obra. Y es que decir Fernando Rielo es decir mística y decir mística es decir Fernando Rielo; dos realidades inseparables y sin poderse concebir la una sin la otra dentro de la misma obra rieliana.

Por tanto, si algo nos presenta este libro, nada más comenzar, es a un Fernando Rielo cuya biografía intelectual es sumamente polifacética, rica y, sobre todo, original e innovadora, pues el carácter original e innovador o, dicho de otra manera, auténtico y nuevo del pensamiento de Rielo es algo que se nos muestra de forma clara. Originalidad e innovación de un humanismo que se aprecian perfectamente en el ámbito de la filosofía y de la teología.

La concepción genética del principio de relación nos sumerge en una reflexión sobre el hombre totalmente nueva. El ser humano es capaz de comprender la realidad de manera absoluta como Modelo de ser y de pensar (p. 18). Y este Modelo es abierto, vital, genético, relacional y comunicativo, pero, además, originario (p. 19). Por tanto, Fernando Rielo nos propone que no concibamos al ser humano y, partiendo de esta experiencia humana de su ser y pensar, la realidad como algo cerrado, sino todo lo contrario, como algo abierto. Y es que esta concepción genética del principio de relación no es un concepto estático o fijo, sino el fundamento que se halla en el origen de todo, convirtiendo, a partir de este momento, lo inductivo en experiencial y universal, la identidad en relación, la agenticidad propia de aquella identidad en geneticidad propia de esta relación. Pero es que su sorprendente y asombroso hallazgo va más allá, ya que con un único Modelo Absoluto en la Filosofía, Fernando Rielo nos ayuda a comprender al ser humano, a comprender la realidad, a comprender las ciencias... Este Modelo que se nos propone carecería de sentido si no condujese al ser humano hasta la verdad o, lo que es lo mismo, si no orientase rectamente a la inteligencia humana hacia la comprensión de la realidad (pp. 31-32). Su concepción genética del principio de relación abarca, engloba y unifica, pues, ontología o mística, antropología, gnoseología y ciencia, comprendida ésta a partir de una nueva concepción epistemológica. Esta metafísica, como no podía ser de otra manera, queda abierta a la teología. La filosofía, para Rielo, se abre a la mística o a la revelación, por lo que es de entender que su gnoseología abre la razón a la trascendencia (pp. 19-20). Este giro antropológico, una constante estructurada en la búsqueda del fundamento, y esta pretensión

de universalidad y objetividad son la prueba del potencial intelectual del pensador español del siglo XX.

También, a través de la lectura de estas páginas, Sánchez-Gey nos muestra un pensamiento profundo que encierra una belleza única; belleza que no cabe expresarse sino con bellas palabras, las cuales hacen patente dicha profundidad que este pensamiento encierra. Cómo Fernando Rielo entiende la *vivencia*, y esto por medio del lenguaje que la misma autora de este libro emplea para explicar dicha realidad, es una prueba del carácter profundo y elevado del pensamiento rieliano. Para el pensador español el vivir humano se caracteriza por la *consciencia*. Antes de cualquier emoción, sensación o intelección, afirma Rielo, se da una vivencia originaria y primigenia entre el sujeto humano y el Sujeto Absoluto (p. 36). Vivencia es aquello que nos hace saber que la naturaleza humana está abierta a otra realidad y ésta a aquélla; vivencia es la relación o vínculo entre la criatura y el Creador; vivencia es alianza ontológica expresada como compromiso en la experiencia personal de cada ser humano; vivencia es comunicación que posibilita apertura; vivencia es, por tanto, aperturidad constitutiva de la presencia del Sujeto Absoluto en la persona humana (pp. 37-38).

Pero si algo aparece continuamente en la reflexión filosófica de Fernando Rielo es el llamado *Absoluto*. En la obra de Sánchez-Gey se nos muestra cómo el Absoluto ocupa el centro de toda la reflexión rieliana, dándole a toda ella sentido. La metafísica es, precisamente, la ciencia del Absoluto y la mística es la divina presencia constitutiva en el espíritu humano con el espíritu humano, nos dirá Fernando Rielo en su *Concepción mística de la antropología* (p. 53), obra capital de su pensamiento. Y es que la metafísica tiene como objeto de estudio este Sujeto Absoluto; éste es principio absoluto de relación, es comunicación (p. 38). Por su parte, toda realidad es abierta y está abierta al Absoluto (p. 39): la religión, la cultura, la filosofía se expresan desde el Sujeto Absoluto. En definitiva y sin lugar a dudas, la filosofía de Fernando Rielo tiene como finalidad llevar al hombre hasta Dios.

José Antonio Castillo Miranda

MARTÍNEZ CASTELLÓ, José Miguel: *Esperanza entre rejas. Retos del voluntariado penitenciario*. PPC, Madrid, 2021. 245 pp.

He aquí un libro lleno de luz, escrito desde la convicción de la vida vivida. El autor no solo transmite su experiencia como voluntario en la cárcel de Picassent, en Valencia, con los proyectos que allí desarrolla, y el origen de este interés suyo por la vida de la prisión, sino que nos

deja convencidos de que esa realidad penitenciaria nos atañe a todos. Lo que en ámbito pastoral se viene llamando periferias abarca también el mundo de los presos, que plantea un desafío a la sociedad, pues se trata de responder a un cierto fracaso social. La vía por la que el autor plantea una respuesta a la apelación del ámbito penitenciario al conjunto de la sociedad es el voluntariado.

Una característica clave de la acción voluntaria solidaria la ve Martínez Castelló en que dicha acción no solo se dirige a la vida de las personas destinatarias de la misma, sino que cambia la propia vida del que actúa. De hecho, su acercamiento al voluntariado de las prisiones arranca de la experiencia de transformación vital constatada por el autor en su entorno doméstico más cercano: la plenitud vital transparentada por su propia madre a raíz de su compromiso en una acción de promoción cultural y humana en la cárcel.

En la prisión se está en contacto con la vida misma, «sin trampa ni cartón», como bien dice el autor. Estamos acostumbrados a relacionarnos mediante una interfaz; en la cárcel nos hallamos ante la faz sufriente o alegre, en cualquier caso auténtica, de personas de carne y hueso. Este contacto tan estrecho con la vida pide una reflexión filosófica adecuada, una antropología ajustada a la labor de voluntariado. El autor la ve precisamente en una filosofía, la de José Ortega y Gasset, que ha hecho de la vida –lo que somos y lo que nos pasa– su eje principal.

Nada humano es ajeno a la filosofía porque nada humano es ajeno al hombre. De ahí que la filosofía no es sino una nueva vuelta sobre esa experiencia vivida, en la que esta queda retomada conceptualmente. La filosofía de José Ortega y Gasset acerca la experiencia del preso y la experiencia del voluntario, porque hace caer en la cuenta de condiciones básicas del hombre. En primer lugar, la vulnerabilidad. Todos somos menesterosos, que diría Ortega, todos somos débiles, e incluso hay una religión que cree en un Dios «tododebilidoso». La situación de menesterosidad con que nos encontramos en el presidiario podría ser la nuestra. Él está ahí por un fallo cometido durante su vida, pero en otro momento podría ser yo el que está ahí.

El concepto orteguiano de vida reúne algunos matices que son básicos a la hora de plantear una acción de voluntariado. La vida no la hemos elegido, nos encontramos ya viviendo, la vida «nos ha sido disparada a quemarropa» como decía Ortega en el *Prólogo para alemanes*. Pero lo que sí podemos elegir es qué hacer con ella. Podemos y debemos configurar nuestra vida, porque la vida de cada cual... cada cual tiene que hacerla. Así es como se presenta la vida como un cúmulo de decisiones, algunas de las cuales son erróneas, algunas de las cuales son las que han llevado a prisión a algunas personas.

Por otro lado, la vida nuestra es humana en un sentido muy peculiar: que puede dejar de ser humana. Puede deshumanizarse. De acuerdo con la conocida sentencia orteguiana, el tigre no puede destigrarse, pero el hombre puede deshumanizarse. He aquí una clave para entender no solo determinados comportamientos delictivos, sino también la posibilidad de perder la propia dignidad en una situación de privación de derechos básicos como es la del preso en la cárcel.

La vida humana, la de cada cual, se caracteriza, pues, por la libertad. Conforme a ella se orienta de una u otra manera. Pero he aquí que el preso es aquel que ha perdido la libertad. No solo la libertad de movimiento, libertad de maniobra que diría López Quintás, sino otras posibilidades de autoconfigurar libremente su vida. Pero lo que resulta llamativo es la paradoja de que, habiendo perdido su libertad, el hombre en prisión hace girar su vida entera precisamente sobre la libertad. Esa libertad a recuperar se convierte en centro de gravitación de su existencia. Y aquí es donde Martínez Castelló ve la dimensión proyectiva de la vida que también supo expresar Ortega.

Desde estas claves antropológicas, y teniendo en cuenta esta dimensión proyectiva, es como el libro quiere plantear el canon de la razón filosófica del voluntariado en clave de razón histórica y cordial: «El voluntariado se fundamenta a partir de un modelo de razón cordial que se construye a partir de la historia de otras vidas, como la suya y la mía, con el convencimiento claro de que aquello que le pasa puede pasarme en cualquier momento» (p. 94).

La reflexión antropológica se ve así completada con una propuesta de los lineamentos de esa razón histórica y cordial. Todo ello en la segunda parte del libro, la que más tiene que ver con la filosofía. La primera parte trata sobre la prisión y su estructura, la circunstancia de la persona presa y una presentación del funcionariado de prisiones con sus capacidades, virtudes y problemas. La tercera parte, en cambio, recoge cuatro semblanzas de personas que experimentaron prisión. Dos de ellas, el filósofo Antonio Gramsci y el teólogo Dietrich Bonhoeffer, murieron en cautiverio. Otros dos, los políticos Václav Havel y Nelson Mandela, pudieron sobrevivir para contarlos.

Personalmente me hubiera gustado que se incluyera en la nómina a un filósofo lejano en el tiempo que también sufrió prisión, Boecio. Pero de algún modo, la idea de que la prisión puede ayudar a alumbrar reflexiones filosóficas está plasmada, por ejemplo, en uno de los escritos que Martínez Castelló agrega en anexo. Me refiero al que compone un preso de Picassent sobre la figura de Maximiliano Kolbe, el preso de Auschwitz que ofreció canjear su vida por la de otro prisionero del campo.

El libro es agradable de leer, de prosa ágil sin ser superficial, dotado de dramatismo y de honda inspiración humanista y cristiana. No en vano, recupera también ideas acerca de justicia, misericordia y reinserción desde el magisterio de la Iglesia, así como algunas reflexiones del actual pontífice Francisco sobre la salida a las periferias. La finalidad del libro está en la línea de formar una conciencia de voluntariado responsable y no meramente «ingenuo», así como aportar ideas en orden a una justicia restaurativa y no meramente punitiva. Pero a todos nos hace el favor de despertar nuestra conciencia ante la realidad de las prisiones y de quienes en ellas viven, algo que a todos nos toca de una forma u otra, pues como escribió Dostoievski, preso en un campo de Siberia, «el grado de civilización de una sociedad se mide por el trato a sus presos».

José Luis Caballero Bono

FEITO GRANDE, Lydia / DOMINGO MORATALLA, Tomás: *Bioética narrativa aplicada*. Guillermo Escolar Editor, Madrid, 2020. 213 pp.

Bioética narrativa aplicada es un libro de Lydia Feito Grande, profesora titular en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid, y de Tomás Domingo Moratalla, profesor de Antropología Filosófica en la UNED. En él, los autores van a retomar el trabajo que iniciaron en *Bioética narrativa*, la obra a la que dieron luz en 2013 donde se inician en la propuesta que aquí se retoma para acercarla al ámbito práctico.

El libro que tenemos entre manos está compuesto por tres partes que incluyen, a su vez, tres capítulos cada una. En ellos, se plasma el amplio conocimiento de los autores sobre el estado de la cuestión, y hallaremos una importante propuesta para el ámbito de la bioética y sus aplicaciones prácticas.

Es necesario advertir, tal y como hacen los autores, de la diferencia entre bioética narrativa y ética médica, entre las que marcan cierta distancia, siendo aquella una disciplina que abraza diferentes áreas y caracterizada por su interdisciplinariedad. La bioética narrativa es el puente por el que cruzar y el nexo entre las ciencias biomédicas y las humanidades. Es el punto de encuentro necesario para el correcto trato de los valores que están en juego en las historias de quienes esperan ser escuchados y recibir una atención, ya sea médica o, simplemente, humana.

En la primera parte se aborda qué es la bioética narrativa aplicada, planteada como un tipo particular de bioética que traspasa los límites de la bioética clínica. La novedad reside, como decíamos, en su interdisciplinariedad, pues al estar la bioética conectada a la dimensión narrativa

conecta con otros espacios distintos al ámbito clínico, como son las humanidades médicas, la filosofía o la literatura.

Su objetivo difiere del de la ética médica, pues, como afirman los autores, no se trata únicamente de regular la actividad médica u ofrecer propuestas de resolución de conflictos, sino de «reflexionar sobre los valores implicados, teniendo en cuenta que la bioética puede ser considerada la ética civil de nuestro tiempo» (p. 25).

Hablar de bioética narrativa aplicada implica tener clara la tarea que le es propia: servir para la vida. Por este motivo la bioética será aplicada o no será, y de ahí deviene la aproximación a otras disciplinas en las que los seres humanos nos vemos entrelazados de forma necesaria.

Para adentrarnos correctamente en esta cuestión, hay que diferenciar, como hacen los autores, entre vida biológica y biográfica, siendo esta última un elemento que forma parte de la bioética narrativa. Somos historias, estamos compuestos por relatos, propios y ajenos, de manera que no tener historias sería lo mismo que no tener identidad ni conocimiento de la propia vida, «el relato hace de la vida biológica una vida humana» (p. 64).

La segunda parte del trabajo versa sobre el método de la bioética narrativa aplicada: la deliberación. Encontramos una fuerte herencia del método deliberativo en autores como Ricoeur, Gadamer y Diego Gracia, siendo Aristóteles el pionero en su planteamiento.

Este tiene como objetivo la toma de decisiones de modo prudente y responsable, y consiste en aprender a formar juicios en procesos abiertos de reflexión con uno mismo y los demás, proceso en el que se ponderan los hechos y se busca la realización del máximo número de valores en juego posible. Todo ello se realizará a través de las narraciones, pues ellas son la herramienta que nos permite pensar éticamente de manera diferente y ampliar los horizontes de la comprensión de la realidad: «nuestra mente es narrativa, de principio a fin» (p. 31.).

El método deliberativo se sostiene por dos potentes pilares. El primero, como venimos diciendo, es la narración, «el saber de lo incierto» en palabras de Milan Kundera. El segundo fuerte es la imaginación, la que podemos expresar con la pregunta «¿qué pasaría si...?», cuestión que nos permite anticiparnos a problemas venideros y poner en práctica la deliberación sobre cuestiones éticas futuribles.

Estos procedimientos son elementos catárticos, refigurativos, dado que transforman nuestra manera de pensar y de asumir los conflictos propios y ajenos. Nos ayudan a ponernos en el lugar del otro, a asumir cierto nivel de incertidumbre y a enfrentarnos con la posibilidad que no tener razón; así pues, la escucha de otros planteamientos e interpretaciones de los hechos se torna necesaria.

En este punto estamos abordando lo que los autores llaman «deliberación narrativa» o «deliberación imaginante».

Cabe destacar que la deliberación y la reflexión no consisten en dar únicamente el punto de vista personal sobre los hechos, o las impresiones propias; pues esto no es bioética narrativa (p. 67). Para el correcto ejercicio del método deliberativo es necesario el estudio, la inteligencia. Como sostiene Ricoeur retomando a Aristóteles, la inteligencia *phronética*, es decir, la inteligencia práctica es la que trabajamos en estas situaciones, es la encargada de hacernos deliberar, oponiéndose a la inteligencia teórica. A través de la *phronesis* (*prudentia*) somos capaces de tomar decisiones prudentes y responsables (p. 65).

En la tercera y última parte del libro exponen los autores cuáles son las herramientas a través de las cuales se puede ejercer la bioética narrativa, destacando, entre otras como el teatro o la literatura, el cine.

Una hermenéutica del cine nos permite acceder a distintas realidades vitales de las que no tendríamos acceso de otra manera. Es más, el cine nos da la posibilidad de introducirnos en múltiples historias que nos hacen más ricos en experiencias vitales, y nos posibilita pausar la narración de la que estamos formando parte en el momento de la visualización, incluso podemos retroceder en ella.

Esta aproximación a otros relatos y vivencias a través de la pantalla facilita el desarrollo de la inteligencia práctica de la que hablábamos anteriormente, dado que la ficción es un puente hacia el ejercicio de toma de decisiones prudentes y responsables. «La ficción es una escuela para la vida; gracias a la ficción ensayamos la vida, hacemos pruebas» (p. 145).

Para el correcto desarrollo de la *phronesis* es de vital importancia, tal y como argumentan los autores, el poder de la imaginación, pues solo a través de ella podemos ponernos en la piel de los personajes y lucubrar que, perfectamente, la historia que estamos visualizando podría ser la nuestra.

Es posible que el relato ajeno nos busque en el futuro como sus actores protagonistas (¿y si nos encontráramos en esa misma situación?) y, por lo tanto, hemos de imaginar cuál sería la acción que conviene, en términos ricoeurianos, para salvar el mayor número de valores en juego, y afrontar de la mejor manera posible los conflictos morales que se vislumbran en estos nuevos horizontes.

Es por todo ello por lo que *Bioética Narrativa Aplicada* se vuelve un libro necesario en una actualidad donde la reflexión filosófica es prioritaria junto al avance de las ciencias biomédicas y las nuevas tecnologías. Su lectura nos hace conscientes de la importancia del trabajo conjunto de las humanidades y las ciencias de la salud, y nos da claves realmente útiles sobre la necesidad de una actuación basada en el método deliberativo para abordar los dilemas y problemas éticos que se presentan

en la escucha activa de los múltiples relatos de las vidas humanas que adolecen y de las que intentan sanar.

La bioética narrativa es mucho más que una rama ética; es una puesta en práctica de la interpretación de relatos propios y ajenos que parten de la experiencia concreta y derivan en distintos grados de universalidad. Es una disciplina que aboga por dar voz a las vidas biográficas, pues es en las historias y narraciones donde la ética se enriquece, y solo a través de la competencia narrativa los profesionales sanitarios podrán adentrarse en un nivel más completo de empatía, reflexión y compromiso con sus pacientes. El ser humano es relato, somos historias que merecen ser contadas y escuchadas con atención.

El libro que tenemos entre manos nos hace conscientes del poder de la palabra, la imaginación y la interpretación de las narraciones para, así, tener una visión del mundo y lo que en él acontece más completa, más real, dando cabida a múltiples perspectivas que enriquecen el propio punto de vista y nos facilita la toma de decisiones futuras basada en las experiencias ajenas, ya sean reales o ficticias, como las que encontramos en el cine.

Es posible que, en un futuro no muy lejano, crucemos el abismo entre la realidad y la ficción, y nos veamos a nosotros mismos en una encrucijada bioética que ya nos es familiar. Para entonces contaremos con la ventaja que hemos adquirido gracias al poder de las narraciones.

Melissa Hernández Iglesias

SANMARTÍN, Ricardo: *De Job a Kafka. El sentido en nuestro tiempo*. Tirant lo Blanch, Valencia, 2020. 267 pp.

El libro *De Job a Kafka. El Sentido de nuestro tiempo*, es una recopilación de once trabajos de temas semejantes que tienen un objetivo común: hallar al hombre de nuestro siglo. Es lo que nos manifiestan tanto Goya como Nietzsche en los dos marcos que Ricardo Sanmartín nos ofrece al presentarnos la obra. Goya pinta a Diógenes buscando al hombre con un farol en la plaza de Atenas: «*eurisko anztropon*», y diciéndonos: «No lo encontrarás». Nietzsche da voz y nombre al cambio que se ha producido: nihilismo.

Ante tamaño deseo de aventura intelectual es lógico que el primer capítulo esté dedicado a la metodología. Con Levi-Strauss como antropólogo y Walter Benjamin y Wittgenstein como filósofos. Tres pensadores que dan gran importancia al significado del paisaje. Tres investigadores que apuestan por el método comparativo. Tres autores a los que se une Jung dando valor a la comparación histórica. La conclusión es clara: «Hay

que utilizar todas las sociedades para desentrañar esos principios de la vida social».

Walter Benjamin es un buen modelo cuando nos dice: «Al percibir ese hilo conductor entre la ingeniería del hierro, la moda, la arquitectura, el tedio, la publicidad, la política, los estuches, la novela policiaca, los despachos, la exposición universal, el cambio en el tipo de atención del *flâneur*, el aburrimiento y la creatividad... ». Hilo conductor como importante instrumento de la Antropología.

La lectura del libro de Ricardo Sanmartín no resulta fácil. Para sacar fruto del denso y rico contenido que el autor nos expone hay que estar predispuesto a leer despacio y a acompañar la lectura con mucha reflexión. Los conceptos se mezclan. A veces se avanza con ellos muy hacia adelante. Otras veces se vuelve con ellos muy hacia atrás. El lector puede ayudarse fijando apartados que le proporcionen claridad. Una vez que se ha introducido de lleno en los temas tratados, halla su fruto llegando a disfrutar como acontece con el capítulo III, dedicado a la juventud. Otras veces, como pasa con el capítulo VIII y parte del Capítulo II, ambos sobre la antropología del arte, se ve sumido en cierta perplejidad.

Dichas dificultades se ven superadas con creces por el esmero y cuidado con que el autor se esfuerza en conseguir la complacencia del lector. Las introducciones a los capítulos están preparadas de manera intelectualmente original y amena. La pretensión de amenidad no le hace bajar de tan sabio nivel. Así, por ejemplo, la reflexión sobre el adagio amenazante «la bolsa o la vida» (cap. V), el silencio que se produce entre el fin de la presentación y el inicio de la conferencia (cap. VII), la pregunta sobre el estatuto epistemológico de las diversas disciplinas: la Antropología Cultural, el Derecho, la Filosofía, el Arte, la Física cuántica (cap. VIII).

Junto a ello, la construcción de frases logradas con las que consigue el atractivo literario. «Los carros de la burocracia se han puesto delante de los bueyes de la innovación y cuando ésta llega nadie la reconoce»; «no logran idear mejores teorías sobre los ciclos de la economía que la que nos legó la sabiduría milenaria de la Biblia: ... tras siete años de vacas flacas, una esperanza de solo siete años de vacas gordas»; «Todos somos Atlas y cargamos cielo y Tierra en nuestros hombros cada día».

El autor se sitúa frente a frente ante las múltiples facetas que caracterizan a la sociedad y al ser humano. Y lo hace con gran profundidad. Seleccionemos algunas: el mito, la sociedad, la identidad del sujeto, la juventud a la búsqueda de nuevos horizontes, del entretenimiento y de la diversión, la contracultura, el silencio.

Empecemos con algún aspecto de vertiente metodológica. Refirámonos a la cuestión fundamental del mito. Trata de ella en el capítulo V, «El Mito o la vida», y en parte del capítulo IX, «Malestar en la abundancia».

El autor nos ofrece una enseñanza muy completa sobre el mito. Hace que el lector profano en la materia aprenda mucho. El mito es hijo de la vida, instrumento muy necesario para vivir por el carácter iluminador que tiene. Por su grandeza inabarcable y su alta vocación es superior a la ciencia de trazo recto y simple y de gran claridad.

Con mucha frecuencia, el mito se interpreta desde una vertiente negativa. En oposición a la vida. Muy claro es el ejemplo de Saturno que devora a sus hijos. Pero en la mayoría de los casos no sucede así. «Los mitos cumplen su papel sin tales daños».

El mito, al nacer, lo hace desde un contexto histórico y cultural concreto. Normalmente dicho contexto es muy distinto a los contextos históricos que han venido después y al contexto actual. Es lógico, por lo tanto, que desde tan diferentes perspectivas hayan surgido distintas interpretaciones. Interpretaciones originadas «desde el anclaje del intérprete».

El mito se manifiesta de forma metafórica, con lo que su luz se intensifica. Suma a ello el uso de muchos recursos literarios: alegorías, comparaciones, parábolas. Como ejemplo de dicho carácter literario de los relatos mitológicos, nos habla el autor de la creación del primer hombre en el Paraíso, de la formación de su compañera a partir de sus huesos, de la tentación de una serpiente capaz de hablar. Y para referirse a su nivel literario nos cita a Guilka: «el lenguaje es grandioso, sublime y henchido de osadas imágenes, el impulso retórico alcanza una coloración absolutamente poética». Sanmartín escribe unos párrafos que estremecen: «Relatos rotundos y llenos de intensidad –como el del hijo pródigo– que penetran en la intimidad desconocida del corazón del hombre». La pregunta es la misma: ¿cómo encontrar sentido a la vida? Es decir, ¿qué es lo que la vida espera de nosotros? Sanmartín nos dice que este es el problema del malestar contemporáneo que ha aparecido desde que la presión de las necesidades ha dejado de estar presente. Y muy cuidadosamente selecciona cinco cuestiones que se ofrecen al ser humano de hoy como grandes retos: 1) El control del cambio climático; 2) El desarrollo de las zonas deprimidas de la Tierra; 3) La paz frente a las guerras; 4) La victoria biomédica frente a la vejez y la muerte; 5) La inteligencia artificial.

Una vez los ha expuesto, Sanmartín llega a una conclusión pesimista: ninguno de tales retos «ha hallado una traducción en mitos eficaces para unir al Homo Sapiens». Más bien «resalta la desigualdad interna que nos desune, pues no todos podemos acceder a tales logros».

El verdadero reto es lo que la vida espera de nosotros. Lo sentimos como sujetos pacientes. Es «una vivencia no buscada y que trasciende al sujeto». En otras cuestiones, sin embargo, actuamos como sujetos agentes. Es todo aquello que deseamos.

Muy propios de la sociedad de hoy son los rasgos con los que Kafka, en *El Proceso*, pinta a la sociedad tal como él la percibe. Cuando Santmartín nos habla de los cambios de la sociedad del presente nos describe su falta de plenitud, su frustración, su tristeza, su pérdida de confianza.

Es del propio grupo social de donde nace el mal que tanto va a afectar al protagonista, cuestión a la que dedica el capítulo XI, el último, el que da el nombre al libro. El mal es producido por la organización de la sociedad. Genera un ambiente y unas características que los lectores han bautizado como kafkianos. Es kafkiano el empleo del guardián, pues el servicio que realiza está «vacío de contenido». Es kafkiano el papel de los abogados. Es kafkiano el papel de los culpables. Es kafkiano que las prostitutas encuentren belleza en los acusados. Así es la experiencia del ciudadano moderno en la gran ciudad, «que se siente entregado a un inabarcable aparato burocrático cuyas funciones son dirigidas por instancias no demasiado claras ni tan siquiera para los propios órganos ejecutores».

Es propio de la sociedad de hoy el desarrollo de la angustia, la constatación del nihilismo. También en el arte afloran la ansiedad y el miedo. Vivimos en tinieblas. Y es de dichas tinieblas desde donde tiene que surgir la luz. ¿Qué frutos veremos cuando surja esa luz? El autor hace referencia a los cambios que se producirán en la sociedad si tiene lugar la capacitación basada en la creatividad. Conviene que dejemos vagar a la imaginación: unas relaciones humanas más plenas, la posibilidad de tener hijos, la soledad, la sensualidad, el silencio interior, la comprensión mutua, la responsabilidad ante el clima.

La cuestión de la juventud llena un capítulo de gran interés. Los jóvenes quieren *ideas verdaderas* y *medidas eficaces* para conseguir un mundo mejor. Una de sus mayores preocupaciones es la del empleo, que tiene un futuro poco esperanzador. Por su sustitución por el capital (robótica, *software*); por su concentración en trabajadores muy cualificados; por los servicios con entrega física de salarios muy bajos; por el gran aumento de la desigualdad. Es por lo tanto del todo necesario para los jóvenes recibir una capacitación adecuada y la única que les puede llenar es aquella que les lleva a ser creativos. A partir de esa idea Santmartín reflexiona muy acertadamente sobre los tipos de formación que conviene desarrollar. Se debe potenciar un rico imaginario cultural. Critica con dureza que con frecuencia se quiera solucionar el problema desde recetas rápidas y superficiales, siendo así que los valores morales no son solo un nombre. Es necesario pasar a los hechos. Por no afrontar bien esa cuestión legitimamos un imaginario cultural que no responde a lo que necesitamos. La dureza de la crítica del autor aumenta considerablemente cuando habla de exceso de virtualidad que nos caracteriza. Lo que se ofrece a la juventud como gran valor son «soliloquios de citas encadenadas». ¡Qué despropósito tan inconmensurable! Todo se monta en torno a

la vida digital. Ese es el gran engaño. De esa forma el sujeto que vive sin propia identidad puede ser controlado más fácilmente. Lo que verdaderamente vale, lo único que sirve es «enseñar a pensar por sí mismo».

Muy atractivo es, cuando se trata en el libro que comentamos, el tema del entretenimiento y de la diversión. Habla de ello en el capítulo X, titulado «Cambio cultural y efecto andrógino». La causa de que dichos placeres se repitan tanto en la sociedad actual es muy clara: la abundancia que sustituye a la necesidad de épocas anteriores. Al carecer de la presión que la necesidad ejerce, la sociedad actual cultiva el deseo del entretenimiento. Las imágenes simpáticas y lúdicas proliferan. El autor nos hace ver cómo «la publicidad, el trato social, las relaciones profesionales se producen desde la broma y el humor». El entretenimiento «se vuelve crónico, ya no es episódico». Ha aparecido un nuevo «estilo de vida».

Como no puede ser menos, la contracultura recibe también una atención destacada. Término que se difunde unos años después de concluirse la Segunda Guerra Mundial para expresar «la desconfianza del éxito y la consideración del fracaso como algo más auténtico». Ya no es el héroe el que triunfa, sino el antihéroe.

Alcanzar el sentido de la vida se describe con la metáfora de saciar la sed (cap. IV). Para ello acude al silencio, de dimensión antropológica extraordinaria (cap. VII). En frecuentes ocasiones lo percibimos «como un vehículo expresivo más eficaz que las palabras». Con frecuencia supone el cese de toda actividad. Aunque el mantenimiento del silencio sea breve, puede originar un gran impacto histórico.

En nuestro mundo religioso cristiano, el silencio consigue un efecto espectacular. No hay más que acudir a los distintos momentos de recogimiento que tienen lugar en la eucaristía. De ellos nos han hablado el Padre la Puente, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Miguel de Molinos, Francisco de Sales, Thomas Merton, Pablo d'Ors, Castaneda. Los libros de los últimos aquí mencionados se venden por millares. Y sus consejos se imparten en muchas empresas, fundaciones, universidades. Y es que nuestra época necesita aquietarse, hacer silencio y pensar.

Vayamos por último a la identidad del sujeto. Cimentarla, construirla y ofrecerla resulta difícil. Porque, según Sanmartín, o se fragmenta o se oculta. Se fragmenta, mostrándose en muchos roles o en muchos círculos. Se oculta bien en el anonimato, bien en las ficciones de la gran red. Aparece así en el mundo moderno un sujeto que se nos muestra muy frágil. Que no tiene «la amplitud, la hondura y la fuerza que el mito y la fe compartida le otorgaban».

En el tiempo que vivimos el progreso actual es enorme. Nuevas tecnologías, originales instituciones para la educación, organización democrática de la vida pública. Se han producido grandes avances en la sanidad, en el tratamiento de los alimentos, en la producción y distribución

de la energía. Se ha creado un gran sistema de comunicación mundial. Pero a pesar de ello, no sabemos qué nos va a deparar el futuro.

La perfección de una persona se mide por un doble criterio: la intensidad y la autenticidad. No se trata de decir palabras sino de «asumir la responsabilidad de encontrar la respuesta correcta a los problemas que ella plantea y cumplir las tareas que la vida asigna».

Santiago Petschen

LÓPEZ QUINTÁS, Alfonso: *El espíritu de Europa. Su sorprendente riqueza y su eficacia*. Fundación López Quintás, Madrid, 2021. 188 pp.

Hace un par de años, en el marco de unas conversaciones a orillas del río Mosela sobre Europa como orden de valores, Bernhard Vogel comenzaba su intervención con la pregunta: ¿Se puede salvar todavía a Europa? Y la pregunta era formulada en un país, Alemania, que resultó devastado por el nazismo y por los bombardeos aliados, pero que desde hace muchos años goza de una excelente salud económica, tecnológica y científica. Aun así, la percepción del ponente era que Europa necesita salvación. La fórmula que proponía para que esto sea posible tenía tres ingredientes: «hace falta reflexión, claridad en cuanto a los fines y modelos». En cierto modo creo que el libro de Alfonso López Quintás pretende salir al paso de estas tres cosas.

La reflexión es objeto de todo el libro porque ha sido una divisa constante del autor la importancia y urgencia de pensar con rigor y vivir de manera creativa. Es decir, vivir reflexivamente, pues la mera vida biológica no tiene la capacidad de creatividad. En lo que respecta a Europa, me parece muy destacable que López Quintás no menosprecia la triple raíz del pensamiento europeo que tantas mentes brillantes han reconocido: la herencia griega, la impronta romana y el sello del cristianismo. Creo que sin aceptar esto no es fácil asumir y entender los contenidos de este libro. Diciéndolo con palabras que no son suyas, pero con las que intento resumir su postura, el hombre europeo es eidético, nomológico y agapético.

Es eidético porque en su fase griega descubrió el espíritu. Es una adquisición imborrable y permanente del platonismo, que en esa medida habita también el pensamiento de López Quintás. Cuando habla de la capacidad proyectiva, del ideal, del éxtasis, todo esto parece tener un aire platónico irrenunciable. Recordemos el título del excelente libro de Bruno Snell, *El descubrimiento del espíritu*.

Es también nomológico porque el derecho romano nos ha troquelado hasta los tuétanos, al punto de que muchas relaciones humanas no se entienden en Europa sin él. Pero no se trata solo de contenidos o de enfoques –como, por ejemplo, el que afecta a nuestra comprensión de la

herencia patrimonial—, sino del hecho de que el hombre europeo, si es fiel a su condición, sabe que la norma, la ley, no contraviene la libertad. Sabe unir las dos cosas.

Y el hombre de Europa es también agapético, porque en la noción cristiana de la caridad se ha gestado y se ha dado curso al ideal hodierno de los derechos de la persona y de la dignidad de todo hombre. Renunciar a las raíces cristianas de Europa es, en este sentido, ignorancia cuando no perversión.

Creo que este marco sencillo, pero firme, es un buen fundamento para abordar los otros dos requisitos que veía Bernhard Vogel, la claridad en cuanto a los fines y la existencia de modelos que sirvan de inspiración para orientar nuestra actuación y nuestras vidas.

Pienso que la claridad en cuanto a los fines se desgrana en la distinción nítida entre un plano superior, el del espíritu, y otro infraespiritual. Conforme a ello, el hombre que se deja guiar por el espíritu sabe distinguir niveles de realidad, no puede considerar como objetos a las realidades personales, tiene una percepción abierta para los valores y puede acceder a la esfera propia de lo religioso. Y sabe cómo comportarse con cada uno de esos niveles. En el orden axiológico, sabe cuál es la jerarquía adecuada de los valores. Alfonso López Quintás es permanentemente crítico con quienes devalúan la riqueza de la persona encasillándola en un nivel que no es el suyo.

La necesidad de modelos se satisface, en parte, con la constatación de los gigantes del espíritu que ha conocido Europa en muchos campos de la cultura: la música, la ciencia, la literatura... Pero López Quintás también nos advierte, con Ferdinand Ebner, de que una cosa es destacar en un arte y otra distinta vivir en el espíritu. Se puede ser muy buen poeta y luego comportarse como un canalla con las personas. En tal caso, dice Ebner, no se pasa de «soñar con el espíritu», se vive como en una ensoñación, como los dirigentes nazis que escuchaban música en Auschwitz. Una vida espiritual es otra cosa, configura la persona entera.

En el orden más propiamente ético, un modelo de vida presente en el libro es Romano Guardini, cuyas afinadas ideas vuelven una y otra vez. Por ejemplo, ante la posible demonización de la técnica, nos advierte Guardini que no hay que suprimir la técnica, sino hacerla más fuerte, en el sentido de más humana (solo el hombre tiene técnica), más reflexiva. Solo este pensamiento nos pone en la pista de que la salvación que podemos pensar para Europa no consiste en hacer borrón y cuenta nueva. La unión europea, puesto así, en minúsculas, es una unión en el espíritu o no será nada.

El designio de «salvar a Europa» puede verse como una motivación de fondo de este libro cuando, a partir sobre todo del capítulo segundo, pasa a ofrecer de manera propositiva el propio pensamiento de Alfonso López Quintás. Ese pensamiento sale al paso de la percatación de que Eu-

ropa necesita narrativas que estén a su altura y no solamente mercaderes. Y en esa línea propone el concepto de ideal como aglutinante de la realidad europea. Todo, en la vida, pende del ideal, tal como reza el título de uno de los capítulos del libro. Y vidas conformadas por un ideal valioso son vidas logradas que pueden, desde su plenitud, salvarnos de las actitudes que bloquean la libertad interior y empobrecen la realidad cultural que llamamos Europa. Sin duda que el lector sacará gusto y provecho de una prosa nítida y de una exposición de ideas llena de vida y de acierto.

José Luis Caballero Bono

Ocho filósofos españoles contemporáneos

Ediciones Diálogo Filosófico



En la sociedad española actual se sigue generando la ilusión y la exigencia del pensamiento filosófico. Prueba de ello es esta recopilación de monografías sobre ocho filósofos españoles de nuestros días: **Julián Marías, Gustavo Bueno, José Antonio Marina, Alfonso López Quintás, Leonardo Polo, Eugenio Trias, Adela Cortina, Carlos Díaz.**

Diálogo Filosófico invita a sus lectores a compartir las sugerencias y la revisión de sus planteamientos.

Autores: José Luis Caballero Bono, Quintín Racionero Carmona, Fernando Susaeta Montoya, José Luis Cañas Fernández, Juan Fernando Sellés Dauder, Ildefonso Murillo Murillo, Juana Sánchez-Gey, Xosé Manuel Domínguez Prieto.

Edita: Diálogo Filosófico, Colmenar Viejo (Madrid), 2008, 456 pp., 20 euros (IVA incluido). 25 % de descuento para los suscriptores de Diálogo Filosófico.

Pedidos: Diálogo Filosófico, Apdo. 121, 28770 Colmenar Viejo (Madrid). Teléfono: 610 70 74 73. Fax: 91 846 29 73. E-Mail: dialfilo@hotmail.com